

Aceptó el Budha la donación, dió solemnemente las gracias y bendijo al donador. Durante semanas se celebró la fiesta á que dieron lugar esta solemne donación y la estancia del Budha, presentándose también el rey Prasenayit como los demás para saludar al Perfecto y para reconocerle como el maestro supremo después de haber éste disipado todas las dudas. Con esta donación se enlaza la tradición posterior fundada en comunicaciones verbales del mismo Budha; pues todo lo que éste hizo, dispuso y ordenó, y lo que posteriormente dispusieron y ordenaron sus discípulos y los discípulos de éstos, se considera como el legado sagrado é inspiración de Budha. Esto disipa toda duda é inquietud en los adeptos de la religión budhista, á quienes basta saber que Budha dió una cosa, porque el espíritu de Budha está siempre presente en su comunidad santa, como lo está en su doctrina inmutable. El neófito budhista encontró en la comunidad más que su familia por él abandonada, porque la comunidad le apoyaba y sostenía en su deseo de llegar á la perfección, le facilitaba enseñanza y disciplina, le amonestaba y le vigilaba; y los compañeros le servían de ejemplo que le excitaba á progresar más. La colectividad ganó en robustez é importancia, que crecieron con el número de adeptos. Se robustecieron forzosamente la solidaridad y la organización interior y se extendió así la comunidad cada día más. Las reglas y principios se formaron naturalmente con el uso y adquirieron carácter de santos, por ser, según el estilo de las escuelas brahmánicas, de cuyas costumbres y reglas la doctrina budhista separó lo que era contrario á su espíritu negativo, como toda devoción material y las diferencias de castas. En la comunidad de Budha no valía nada la cuna, sino solamente la elevación del alma. Todo individuo varón podía entrar en la comunidad y hacerse monje mendicante, porque Budha había dicho: «Abranse las puertas de la salvación á todos los que presten oído»; y conforme á este principio fueron admitidas también mujeres que deseaban llevar una vida ascética ó sea ser monjas. Ya sabemos que Budha determinó no admitir menores de edad en su comunidad sin permiso de los padres y después se excluyeron de la admisión niños menores de doce años y de la ordenación á los jóvenes menores de veinte. Luego se determinó no admitir personas que se halla-

ran bajo el dominio de otras, como guerreros que servían á sueldo al rey, siervos, deudores, culpables, criminales, forajidos y ladrones, que pertenecían á la justicia, ni tampoco las personas afectadas de cualquiera de las cinco enfermedades contagiosas que se citan, y finalmente, se prohibió la admisión de animales en persona humana, particularmente serpientes. Estas y otras limitaciones que impone la tradición y que tuvieron quizá en su principio algún motivo basado en sucesos verdaderos ó inventados, se observaron naturalmente en los actos de la ordenación ó ingreso de la orden. Este ingreso no se obtenía sólo con el abandono de la casa y familia de los que se retiraban del mundo. Para dedicarse como cenobitas á la vida contemplativa era necesaria la ordenación, si bien estos individuos podían también ingresar en la comunidad budhista, como después sucedió muchas veces con los que daban culto á Agni ó sea al fuego, y con los miembros de la familia Sakia. Los niños de más de doce años no podían ser ordenados hasta haber cumplido veinte, y los hombres de más edad, pertenecientes á otras órdenes religiosas, que se convertían al budhismo debían hacer un noviciado de cuatro meses, teniendo que dirigirse los candidatos á un monje antiguo de la orden para declararles su deseo, ya en traje completo de la orden, con los cabellos y barba rasurados. Si el monje antiguo aceptaba la declaración y el neófito le reconocía por su maestro y dueño, debía obedecerle y servirle, teniendo el monje á su vez que dar al discípulo la enseñanza y cuidar de él en lo espiritual y material.

Las cuatro reglas de la comunidad prescriben alimentarse de comidas que se les den de limosna, vestirse de trapos desechados por inútiles, tener el lecho debajo de un árbol y curarse con orina putrefacta de vaca. «Esto has de observar toda tu vida», dice la regla. Como concesiones especiales, los monjes, si se ofrece la ocasión, pueden participar de distribuciones de alimentos aceptar convites. Pueden también admitir ropas de lino, algodón, seda ó lana; regalos de conventos, salas, pisos, tiendas de campaña y grutas, é igualmente manteca de vaca usual y purificada, aceite, miel ó melaza, si son dados por personas piadosas.

Las cuatro grandes prohibiciones son las de tener contacto sexual con mujeres ni con animales, la de tomar nada si no se les ha dado,

la de hurtar, ni siquiera una brizna de hierba, y la de destruir intencionalmente la vida de un ser viviente, aunque sea un gusano ó una hormiga. Así como no pueden existir, durar ni vivir un tronco sin cabeza, una hoja marchita arrancada de su tallo, un peñasco partido en dos, una palmera sin su corona, tampoco puede existir como *bhizu* ni ser discípulo del hijo del sakia el que contraviene á estas prohibiciones.

El adepto de Budha había renunciado al mundo, á su casa y familia, pero podía volver á la sociedad y unirse otra vez á su mujer. Mientras era miembro de la comunidad la castidad era su primer deber, no obstante tener ocasión diariamente de tratar con mujeres, aunque no fuese sino para mendigar su comida, y sabido es el poder de esta tentación, conforme se ve en las leyendas de todos los santos varones.

Cuando la reina Gautami, la tía y aya de Budha, solicitó ser admitida en la orden, se resistió mucho el maestro á acceder á su pretensión y sólo con gran repugnancia cedió á las instancias de Ananda, su discípulo favorito, pero impuso condiciones severísimas á la admisión de mujeres, que como monjas debían ocupar una situación inferior á los varones, y aun así creyó el Budha que su doctrina se mantendría pura sólo quinientos años, cuando sin la admisión de mujeres debía durar mil años.

Siguiendo la costumbre antiquísima de los santones brahmánicos, los adeptos de Budha renunciaron también al mundo y la riqueza, lo que no impidió que el monje que salía de la comunidad volviera á entrar en posesión de lo que había tenido antes, sin exceptuar la mujer. Mientras el monje vivía en la comunidad, conservaba su propiedad, y al morir la heredaba la orden si el monje no disponía de ella de otra manera. Lo poco que constituía su propiedad de monje, como ropaje, olla, etc., era heredado por los monjes que le habían asistido y cuidado durante su enfermedad. La orden no podía aceptar tierras de labor, ni de pasto, ni lo que á ellas pertenecía, como esclavos y ganados, pero sí moradas, como conventos, bosques y jardines, con tal que no sirviesen para ninguna explotación, pues que tampoco podían tener, ni el individuo ni la orden, dinero ni ningún valor equivalente. El adepto de Budha debía ser pobre y mendigo, sin cuidados materiales. Podía pedir lo que necesitaba

para su manutención, como ropas, alimentos, lecho y remedios si estaba enfermo, y todo esto se lo ofrecían, ya la naturaleza benigna y el clima feraz del país, ya la piedad de la gente laica; de modo que los monjes sólo excepcionalmente se vieron en el caso de recoger de las basuras trapos para lavarlos, teñirlos y coserlos para abrigarse. Las mujeres laicas piadosas proveían á los santos de ropas y hasta había una fiesta al final de la estación de las lluvias, llamada Catina, en la cual se repartían á los monjes ropas hasta donde llegaban las provisiones, estando todo previsto, la confección de las ropas y el reparto por prescripciones sagradas. El traje del monje se componía de tres piezas: la inferior era una falda sin costura atada á la cintura á manera de saya y que cubría la parte inferior del cuerpo hasta debajo de las rodillas; la segunda, que á manera de pañuelo cubría el pecho y toda la parte superior del cuerpo, excepto el brazo y hombro derechos, que quedaban libres, y finalmente un manto ó sea el hábito propiamente dicho, que ceñido por la cintura llegaba hasta los tobillos, ó levantado del lado derecho era echado sobre el hombro izquierdo con el extremo sacado por debajo del brazo del mismo lado hacia delante y echado sobre el hombro derecho. El color de esta prenda burda era un amarillo rojizo á manera de hojas secas, variando el matiz y haciéndose más claro en el Sur y más oscuro ó rojizo en el Norte, donde los monjes solían llevar también sandalias, mientras que en el Sur iban por lo general descalzos. Completábase el traje con una cuerda á guisa de cinturón, y otra cuerda de la cual colgaba á la espalda la olla de mendigo, que en excursiones algo largas se llevaba dentro de una red. Por lo general llevaban también lo necesario para coser, un cuchillo, y acaso un filtro para pasar por él las aguas sucias antes de beberlas, y además tenían una prenda para abrigarse en tiempo de lluvia y una estera que en el convento ó en la ermita les servía de lecho, así como una manta para cubrirse. Para poseer más, el monje, al cual le estaba prohibida toda superfluidad y todo lujo aparente ó verdadero, necesitaba permiso especial, sin exceptuar un pañuelo para enjugarse el sudor y un trapo para el que tenía diviesos. Las ropas usadas y rotas eran remendadas, y las sucias lavadas, porque la ley de Budha imponía á sus adeptos la ma-

yor limpieza corporal y espiritual, y así en el transcurso del tiempo se establecieron todas las prescripciones necesarias hasta para las cosas más ínfimas.

Temprano, por la mañana, después de haber hecho sus abluciones y prácticas devotas, salía el discípulo de Budha para recoger su comida de limosna en las viviendas de la aldea ó ciudad inmediata. Con paso tranquilo, bajando la vista y en actitud digna, pasaba de casa en casa, sin omitir ninguna, á no ser que fuese de un pobre de solemnidad para no quitarle lo necesario. Silencioso tendía su olla ó escudilla si veía que se le iba á dar algo, y cubriendo con su manto lo que se le daba, se marchaba sin mirar la cara de la dadora. Sin necesidad ningún monje debía recorrer la población hacia el Mediodía, y de regreso á su vivienda comía ya solo, ya en compañía de otros monjes, lo que constituía por lo general su única comida diaria, observando las minuciosas prescripciones en el modo decente de comer; los lavatorios antes y después de la comida, las gracias y la limpieza de los cacharros para no agraviar á Budha, que en todo quiere pureza.

Los alimentos dados consistían en general en pan blando ó duro y arroz cocido, que hoy es aún el alimento más general en la India y que se guisaba y guisa y condimenta de muchas maneras. La bebida era agua, filtrada si era turbia, porque otras bebidas, en especial las fermentadas, estaban prohibidas. Carne y pescado no lo estaban en absoluto, pero su uso era limitadísimo, como también el de golosinas, como miel, dulces, etc. En punto á alimentación los budhistas y los brahmanes se imitaron unos á otros. En lo referente á moradas, los monjes budhistas vivían al principio al raso, al pie de los árboles, en bosques, en las faldas de montañas, en cuevas, en cementerios, ya en el suelo y en el campo libre, ya sobre un lecho de paja, pasando por la mañana á las viviendas del pueblo para recoger las dádivas. Si la alimentación les obligaba á vivir cerca de las moradas del pueblo, la estación de las lluvias les hacía buscar mejor abrigo para pasar las noches. También hemos visto que no faltaron personas laicas y opulentas que satisficieron esta necesidad de la comunidad regalándola establecimientos grandiosos, como lo prueba la donación, celebrada en todas las tradiciones, de Anata-Pindada. En los

libros doctrinales y de leyes del budhismo se citan cinco clases de moradas cuyo uso permitió Budha á sus discípulos, á saber: los conventos ó viharas, palacios, casas de uno ó más pisos, cavernas y templos abiertos en las peñas, de los cuales se han conservado, más ó menos, tan colosales ejemplos y cuyo origen data por lo menos de dos ó tres siglos antes de nuestra época, con una abundancia de adornos, de columnas é imágenes que hacen suponer una práctica antiquísima en las artes arquitectónicas. Hay nichos y cuevas abiertas en la peña artificial ó naturalmente, con restos de obras de carpintería.

En cualquiera parte donde se alojasen los monjes budhistas, ya fuese en cavernas, palacios ó grandes conventos inmediatos á grandes ciudades, siempre conservaron la costumbre, en el fondo solitaria, meditabunda y tranquila, que caracteriza la vida monástica y en especial la budhista. No obstante, allí donde vivían reunidos en gran número, en edificios vastos, tenían, como era necesario, grandes salas de reunión, comedores, sitios para las provisiones, hogares, depósitos de agua, baños, dormitorios, etc. Los monjes budhistas se necesitaban los unos á los otros, porque su ley les imponía la obligación de ayudarse mutuamente en lo físico y en lo moral para enseñarse y amonestarse, velar sobre su conducta respectiva y practicar en común los actos religiosos prescritos. Los neófitos debían pasar los primeros cinco años en compañía de dos monjes que por lo menos tuvieran diez años de antigüedad en la ordenación y que fueran los maestros del neófito, como éste era su servidor y compañero inseparable, según dice la ley.

#### Muerte de Budha; sus sucesores.

Según cuenta la leyenda, el Budha en el sexto año de su misión sagrada, se halló junto al lecho de su moribundo padre, el rey Sudhodana, el cual, reconociendo lo temporal de todo lo existente, murió libre de los lazos terrenos. A su muerte fué admitida en la orden, á sus repetidas instancias, Prayapati-Gautami. La envidia de seis maestros herejes, al ver los progresos que hacía la doctrina budhista en el pueblo, les indujo á proponer al rey de los cosalas, Prasenayit (después de haberse negado á ello el rey Bindusara de Magadha), que invi-

tara al Budha á un certamen de virtud milagrosa. En aquel certamen los maestros herejes quedaron miserablemente vencidos, á pesar de lo cual no cesaron en sus calumnias; pero más que esto afligió al Budha una discordia entre sus propios discípulos, que le indujo á retirarse á la soledad.

Estos y otros muchos hechos, trabajos y conversiones, refiere la tradición de los primeros veinte años de la actividad del Budha, que al cabo de este tiempo nombró á Ananda, su primo y discípulo favorito, compañero y asistente permanente suyo. Su discípulo Devadata, se hallaba dominado por un deseo insaciable de adquirir fama y riquezas, á cuyo fin se granjeó por medios mágicos la amistad del hijo del rey de Bindusara, que le colmó de honores y de consideraciones. Con esto nació en el ánimo de Devadata el deseo de ponerse en lugar del Budha á la cabeza de su comunidad de monjes, pero desde el mismo instante perdió su fuerza mágica. Al saberlo el Budha dijo que los necios se hacían á sí mismos justicia, tomando ocasión de este suceso para exponer á sus discípulos las diferentes clases de maestros. A muchos monjes que le refirieron los grandes honores que Devadata recibía del hijo de Bindusara, dijo: «Así como el banano y el bambú mueren al producir fruta, así arruinan á Devadata y le pierden los honores y lucros.»

Algún tiempo después, hallándose el Budha predicando su doctrina en una numerosa asamblea, en la cual estaban también presentes el rey y su séquito, levantóse Devadata y acercándose al maestro dijo: «El señor se ve cargado de años y su vida se acerca á su término; que disfrute, pues, su dicha en tranquilidad y que me ceda la dirección de su comunidad.» A esto contestó el Budha: «No digas más, Devadata; ni á Sariputra ni Maudgalyayana entregaré yo la dirección de la comunidad, ni mucho menos á ti, hombre tan perverso y vanidoso.» Al oír esta contestación, dada en presencia del rey y su séquito, se retiró despechado Devadata y desde entonces concibió la idea de perder al maestro. Este, por su parte, dió á sus discípulos en Radyagriha la orden de hacer saber públicamente que Devadata había cambiado y que sus discursos y actos no estaban ya de acuerdo ni con el Budha ni con la ley, ni con la comunidad; noticia que fué recibida del pú-

blico de diferente manera, según la opinión de cada cual.

Devadata indujo al príncipe, su protector, á matar á su padre y ponerse en el trono, prometiendo que él por su parte mataría al Budha y se pondría también en su lugar. El príncipe fué preso al penetrar con la espada ceñida en la estancia de su padre y confesó su objeto y que había sido incitado por Devadata, á lo cual contestó el rey: «Ya puedes sentarte en el trono en seguida», é hizo coronar á su hijo. El primer acto del nuevo monarca fué apostar á un arquero para apoderarse del asesino á fin de hacerle ajusticiar con otros más; pero éstos, lo mismo que el primero, depusieron sus armas mortíferas y confesaron arrepentidos su culpa. Entonces el mismo Devadata emprendió lo que no habían hecho los arqueros. Paseándose cierto día el Budha por la meseta del monte Buitre, subió Devadata á un pico más elevado, desde el cual arrojó un peñasco al maestro; mas el peñasco al atravesar el aire se hizo pedazos, uno de los cuales hirió un pie de Budha, haciéndole sangre. El maestro gritó entonces á Devadata: «Necio, te haces daño á ti mismo, porque verter la sangre de un *tatagata* (maestro) resulta fatal.» Los discípulos de Budha recibieron á su maestro en el convento con grandes muestras de dolor y le rodearon para protegerle de cualquier nuevo ataque, pero él los hizo apartar diciéndoles: «Un *tatagata* no muere de muerte violenta, sino de muerte natural.»

Entonces probó Devadata otro medio. Indujo con grandes promesas al guarda de un elefante feroz, llamado Nalagiri, á que soltara el animal contra el Budha cuando éste pasase por la calle. En efecto, el animal se abalanzó con la trompa, las orejas y la cola levantadas contra el maestro, al cual sus discípulos instaron espantados para que se retirase á todo correr. Pero el Budha les mandó continuar tranquilamente su camino, mientras los habitantes de la ciudad al ver lo que pasaba subieron corriendo á las azoteas y miradores, unos dominados por el temor y otros llenos de fe en el poder del santo varón. Este al llegar cerca del elefante tocó con su mano derecha la frente del animal, el cual al momento limpió con su trompa el polvo de los pies del santo. Luego se retiró humilde, retrocediendo, sin apar-

tar la vista del Budha y arrojando tras sí el polvo que había quitado de los pies del santo, hasta volver á su establo y ocupar allí su puesto. Esto aumentó en el pueblo la fama del Budha y la veneración en que se le tenía, mientras disminuyó el prestigio de Devadata.

Entonces convino Devadata con sus partidarios en suscitar la discordia en la comunidad, y á este efecto se dirigió al Budha pidiéndole cinco cosas que sabía no le había de conceder. El Budha, después de haberle oído y de saber que había en el público diversas opiniones respecto de los cinco puntos, preguntó á Devadata si quería provocar un cisma entre sus adeptos, y habiendo sido contestado afirmativamente, añadió: «Mira, Devadata, ya has ido demasiado lejos; abandona tus propósitos, son funestos estos cismas.» Al siguiente día de fiesta, Ananda, al recoger sus limosnas, encontró á Devadata, que le participó que desde aquel día estaba decidido á celebrar las fiestas sin el concurso del Budha y de su comunidad, lo cual el fiel discípulo comunicó á su maestro. En efecto, aquel mismo día subió Devadata á la cumbre del monte Buitre con quinientos discípulos de Vaisali, todos novicios en la ley, y á quienes se había atraído recomendándoles la observancia de los cinco puntos litigiosos y diciéndoles que, á pesar de esto, había quedado en buena inteligencia con el maestro. Salido esto por Budha, envió al monte á Sariputra y á Maudgalyayana, diciéndoles: «Id, ya que tenéis compasión de aquellos discípulos, antes que se pierdan del todo.» Al ver Devadata desde lejos aquellos dos, se llenó de alegría y orgullo y los recibió con gran veneración y respeto, á pesar de las advertencias de su amigo Kocalika, que le dijo que no debía fiarse de ellos.

A la entrada de la noche, Devadata, rendido de fatiga de tanto predicar é instruir, suplicó á Sariputra que ocupase su sitio, ya que la reunión estaba en disposición de escucharle, mientras él se tendía á descansar. Sariputra accedió gustoso, y cuando Devadata se echó envuelto en su manta y se durmió, lizo con su amigo Maudgalyayana prodigios de elocuencia y de energía maravillosa, tanto que la reunión abrió los ojos y comprendió la verdad del nacer y perecer. Entonces dijo Sariputra: «Pues bien, vamos ahora en busca del maestro; el que ame á su ley, que me siga.» Y así él y su compañero

se llevaron al bosque de bambúes á los quinientos discípulos extraviados por Devadata.

Entonces despertó Kocalika á Devadata diciéndole: «¿No te había dicho yo que no te fiasas de aquellos dos, y que nada bueno llevaban en la mente?» Devadata, al saber lo que acababa de pasar, experimentó tal disgusto, que arrojó sangre por la boca.

Entretanto el Budha instruyó á los recién llegados, contándoles la fábula de los elefantes viejos y jóvenes, diciendo que los jóvenes se comieron los tallos de loto del charco sin lavarlos, por lo cual enfermaron y murieron, como sucede á los jóvenes inexpertos que quieren hacer lo que los viejos. Después les contó las cualidades de los mensajeros buenos, tales como Sariputra, y finalmente les demostró que Devadata estaba condenado sin remedio á expiar durante una Era del Universo, en miserias y tormentos del infierno, el haberse dejado dominar por la codicia del dinero, de la fama y de las consideraciones, de malos deseos y malos amigos que le habían resultado funestos, desviándole del camino de la salvación, en el cual estaba ya tan adelantado.

En los últimos años de la vida de Budha una dama rica y hermosa, de costumbres libres, sintió por él gran predilección y le hizo cuantiosas donaciones. Muchos autores ven gran semejanza entre esta hermosa pecadora y la Magdalena del Evangelio, así como se encuentran otras muchas semejanzas entre la vida del Budha y la de Jesús estudiadas detalladamente.

Llegó la estación del retiro ó sea la de las lluvias, la postrera que el Budha pasó en el mundo, y la pasó en la cercana aldea de Bailva, mientras hizo alojar á los monjes en Vaisali y en sus alrededores. Entonces fué cuando cayó gravemente enfermo, y sólo el deseo de despedirse de los suyos le dió fuerza para levantarse otra vez. «Ananda—dijo con intención para que lo oyese todos—. Triste es pensar que la comunidad descansa sólo sobre mí. Tengo ochenta años y apenas puedo arrastrar mi cuerpo gastado, y ya sería hora de que cada uno fuese su propia lumbrera y no hubiese de buscar el apoyo de otros. El que así lo hiciere, hará bien y alcanzará el premio.»

Después de esto se dirigió una mañana con Ananda al santuario de Capala, donde se sentó sobre una estera y manifestó á su discípulo el deseo humano de vivir largo tiempo en la tierra

en términos que indujesen á Ananda á suplicarle que se quedase; pero como Ananda no entendiérase el deseo de su maestro y continuase mudo á pesar de repetir Budha varias veces su deseo, le dijo, al fin, que se sentara un poco más apartado de él, y el discípulo así lo hizo. Entonces, dice la tradición, se apareció Mara, el espíritu de la muerte, é intimó á Budha la orden de dejar este mundo, á lo cual el santo contestó: «Alégrate, protervo, pronto se extinguirá el tatagata; de aquí á tres meses morirá.» Al decir esto se libró Budha del deseo de prolongar su vida, y en aquel mismo momento se oyeron truenos en las alturas y la tierra se conmovió.

Habiéndose acercado Ananda otra vez á su maestro, le explicó éste las causas de la conmoción de la naturaleza que había presenciado á lo cual añadió otras muchas observaciones, la repetida intimación del espíritu protervo y la contestación que él había dado. Entonces se le abrieron los ojos á Ananda y empezó á suplicar á su maestro que continuara todavía en este mundo hasta el fin de la presente Era, para bien de la humanidad, de los dioses y del mundo con todos sus seres. El maestro le contestó que ya era tarde, que si lo hubiese dicho antes cuando se apareció Mara, habría podido lograrlo; porque ya había aprendido que era menester separarse de todo, de los seres, de los objetos más caros, pues que todo lo que nace ha de perecer. El había ya renunciado á vivir más tiempo, y habiendo dicho que dentro de tres meses moriría, no faltaría á su palabra. Lo mismo dijo á los monjes de Vaisali, á quienes Ananda, cumpliendo la orden del maestro, había convocado á la gran sala del jardín. Les exhortó á conservar firmes las verdades de su doctrina, que les volvió á repetir en resumen, y les dijo: «Todo lo que ha nacido, todos los seres compuestos, envejecen y perecen. También se descompondrá dentro de poco el Tatagata, que morirá de aquí á tres meses; por eso vigilad, hermanos, y no os dejéis sorprender.» Estando todavía Budha en la aldea de Bailva, Sariputra, su discípulo más distinguido, se le acercó para despedirse para siempre, y de allí, presintiendo su próximo fin, se dirigió á Nalanda, su aldea natal, acompañado de algunos centenares de discípulos y adeptos. Allí convirtió á su anciana madre y poco después murió en la misma estancia en la cual había nacido. Su amigo y compañero Maudgalyayana murió á manos de asesinos

enviados por otros sectarios envidiosos. Al saber el Budha estas noticias, celebró en presencia de toda la comunidad las cualidades sublimes de aquellos dos discípulos distinguidísimos que tantas conversiones lograron. Muchos fueron los santuarios que después fueron erigidos en honor de los discípulos.

El Budha, al salir de Vaisali, para dirigirse á Bhandagrama, echó una mirada de despedida á aquel lugar querido. Desde Bhandagrama visitó sucesivamente otra multitud de aldeas cuyos nombres cita la leyenda, y en el camino no cesó de enseñar á Ananda y á los demás que le acompañaban, hablándoles de las cuatro verdades ó principios, á saber: una conducta perfecta, meditación perfecta, comprensión perfecta y liberación perfecta, que todos reunidos satisfacen, hacen olvidar el deseo de existir y anulan la existencia. Así llegó sucesivamente á Bogagrama, y siguiendo en dirección Norte á Pava y al jardín de bambúes de Cunda, el herrero ó calderero. Este, habiendo escuchado el sermón del Budha, le invitó con sus discípulos á comer para el día siguiente, y les fué á buscar por la mañana, dándoles una opipara comida que durante la noche había preparado. Naturalmente sazonó la fiesta el ilustre maestro con sus conversaciones edificantes. Esta comida fué la última del Budha, porque apenas volvió á estar en camino cuando se sintió presa de dolores violentos. Creyó entonces morir; pero se rehizo y se dirigió á Cusinara ó Cusinagara, la misma población probablemente que hoy se llama Casia. La distancia de Vaisali hasta Casia se calcula por la tradición en unas 20 yoyanas, que vienen á ser 140 á 160 kilómetros, en cuyo trayecto confirman la tradición del último viaje del Budha muchas ruinas de *stupas* y nombres de lugares.

No tardó el Budha en tenerse que acostar rendido de fatiga, y Ananda extendió su manto para que el maestro se echase á descansar. El Budha entonces pidió agua para apagar su sed, y el discípulo fué á buscarla al inmediato arroyo, con gran repugnancia, pero obedeciendo, porque los carros y personas que habían atravesado la corriente habían enturbiado el agua. Sin embargo, apenas hubo llenado Ananda la escudilla, apareció en ella el agua clara y cristalina y la llevó al maestro. Sucedió entonces que un hombre de Cusinara, de casta inferior, que pasaba por allí, se detuvo entablado con-

versación con el Budha. Inmediatamente observó que el espíritu de Budha sobrepujaba muchísimo al del maestro que él había tenido y que se llamaba Arala Calama. Comprendiéndolo se convirtió, y al despedirse del Budha le ofreció respetuosamente como presente dos vestimentas magníficas de brocado que mandó llevar por uno de sus criados. Cuando se hubo marchado, puso Ananda estos vestidos á su maestro y entonces resplandeció Budha tanto, que oscureció el lustre de los tejidos, lo cual el mismo Budha declaró que era señal de su



Escultura del templo subterráneo de Elefanta.

próximo fin y dijo: «Esta noche, Ananda, hacia el tercer cuarto, ocurrirá la defunción perfecta del Tatagata en la proximidad de Cusinara, en medio de dos árboles de *sal*.» Diciendo esto dió orden de dirigirse al Cacutstah, de cuyas aguas bebió el Budha y en ellas se bañó. Llegado que hubo á la otra orilla, seguido siempre de muchos monjes, volvió á echarse fatigado y enfermo sobre el manto de un monje llamado también Cunda, y dirigiéndose á Ananda le dijo, que nadie reprendiera á Cunda, el herrero, por el banquete que había dado al Tatagata, porque aquella comida y aquella invitación habían sido tan meritorias como cualquier otro acto meritorio dirigido al Budha hasta entonces. Mandó además afirmar que se había oído de boca del mismo Tatagata, que Cunda recibiría por aquel acto la bienaventuranza eterna, y que de esta manera se le quitaran todos los remordimientos de conciencia.

Dicho esto volvió á levantarse y llegó con su

acompañamiento al bosque de *sal* cerca de Cusinara, en la otra orilla del Hirañavati, y allí mandó á sus discípulos arreglarle el lecho con la cabecera del lado Norte, y se echó sobre el lado derecho con las piernas extendidas la una sobre la otra, conservando todos sus sentidos, y diciendo: «Estoy cansado, Ananda.» A pesar de no ser la época de la floración, hallábanse cubiertos de flores los dos árboles entre los cuales el Budha había mandado disponer su lecho. Las flores de aquellos árboles caían sobre el cuerpo del maestro, mezclándose con

ellas otra lluvia de flores de Mandarava y de polvo aromático de sándalo que en medio de cantos y músicas celestiales caían de las alturas, en honor del moribundo Tatagata. Este aprovechó el obsequio del cielo para decir á Ananda: «Mejor aún se honrará al Tatagata si los hermanos, hermanas y demás adeptos cumplieren con los grandes y pequeños deberes y se condujeran conforme ellos mandan. Por esto, Ananda, sed perseverantes y cumplid con todos estos deberes.» Esto y otras cosas dijo el Budha á su discípulo favorito, que en el momento de perder á su maestro comprendió cuánto le faltaba todavía para saber. Esta

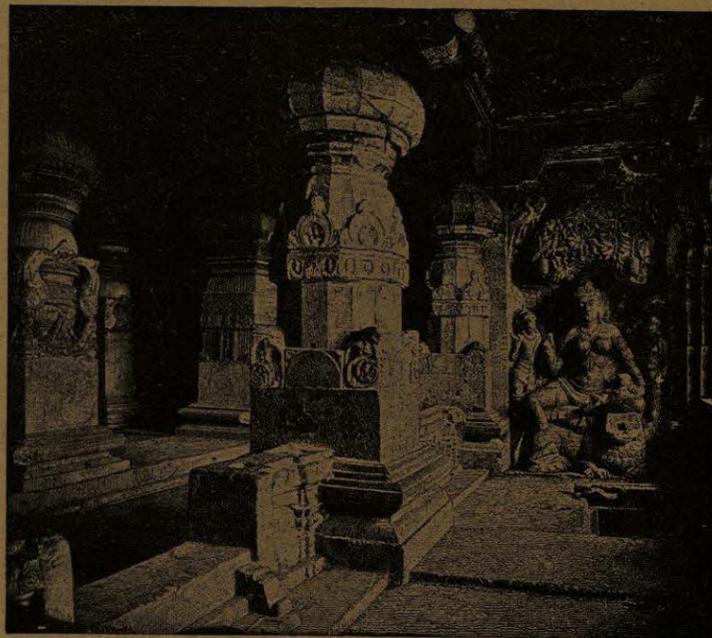
idea le dominó tanto que se apartó para dejar libre curso á sus lágrimas, lo cual, observado por el Budha, le hizo llamar otra vez á su lado y le inculcó de nuevo la necesidad de separarse de lo más caro en virtud de la ley eterna del nacer y perecer. Después le dió seguridades consoladoras y alabó en voz alta, en presencia de toda la reunión, la fidelidad y afecto de este discípulo, su buen criterio para hacerlo todo en tiempo oportuno, ensalzó su celo y elocuencia seductora; en fin, ponderó todas las excelentes cualidades de aquel hermano y servidor modelo. Seguidamente suplicó Ananda á su maestro que no dejara de existir cerca de la pobre aldea de Cusinagara, sino que muriese cerca de una de las seis ciudades capitales Campa, Radyagriha, Sravasti, Saketa, Causambi y Varanasi (Benares), donde vivían brahmanes y propietarios ricos que podían hacer grandes honores á los restos mortales del maestro. A lo cual le contestó éste: «No digas eso, Ananda.»

En efecto, aquella miserable aldea, como él la llamaba, había sido en otro tiempo, bajo el reinado de Maha Sudarsana, una ciudad populosa y floreciente, centro de alegrías y de dichas, llamada Cusavati. Después mandó al discípulo ir al citado pueblo y anunciar á los habitantes el próximo fin del Tatagata, á fin de que no tuviesen después que lamentar el no haber asistido en sus últimos momentos al maestro muerto en su territorio. Ananda obedeció lo ordenado y la noticia consternó y afligió á los habitantes, á quienes encontró justamente reunidos y que sin diferencia de edad se dirigieron al bosque, donde Ananda presentó á todos por grupos al Budha para que le mostraran su veneración.

En las horas del primer cuarto de la noche llegó también al sitio un monje llamado Subhadra, que presintiendo la próxima muerte del Tatagata, quiso antes librarse de una duda é insistió en ser presentado al maestro, á pesar de que Ananda le decía que estaba cansado. El Budha, oyendo la disputa, ordenó que dejasen acercarse al monje. Subhadra, después de saludar al Budha y de sentarse respetuosamente á su lado, empezó á exponer su escrúpulo, que consistía en saber si Purana-Casiapa y otros grandes y famosos maestros que nombró, habían comprendido á fondo, como ellos pretendían, la esencia de las cosas y cuáles de ellos la habían entendido mejor. «Esto constituye—dijo—el sentimiento de inseguridad del cual quería verme libre.» El maestro bienaventurado le contestó, excitándole á escuchar atento: «En ninguna parte puede encontrarse la verdadera santificación sino en el camino que conduce á la perfección completa, y este camino sólo lo muestran la doctrina y enseñanza del Budha; todos los demás caminos y maestros son falsos. Sólo los monjes budhistas viven como corresponde y hacen que no se acaben los santos venerables en este mundo. Yo he renunciado al mundo

á los veintinueve años para buscar la salud, y cincuenta años hace que recorro los anchurosos espacios de la virtud y de la verdad, fuera de los cuales no hay santificación ni salvación.»

Así habló el bienaventurado, y sus palabras hicieron tanta impresión en Subhadra, que se declaró convencido, iluminado y decidido á buscar su salud en el Budha, en su doctrina y en su comunidad. «Que el bienaventurado—dijo—me considere discípulo suyo desde ahora hasta el fin de mi existencia.» Se dispensó á Sub-



Templo de Ellora. Estatua de Indra-Sabha.

hadra de los cuatro meses de noviciado de costumbre y por orden de Budha fué admitido por Ananda en la comunidad de los discípulos.

Subhadra subió rápidamente al último grado de perfección. Fué el último discípulo que Budha convirtió en persona, y lo dicho por Budha en esta ocasión fué su último discurso de conversión. Según este discurso, no puede haber verdad sin virtud, ni virtud sin verdad; sin la práctica de la moral es vano todo el saber, y fuera de la virtud y de la verdad no hay salvación ni santos. Esto es lo que caracteriza y caracterizará siempre la doctrina budhista.

Entretanto había ido avanzando la noche, y habían pasado el primero y segundo cuarto cuando el Budha, dirigiéndose á Ananda dijo: «Puede ser que á uno ú otro de vosotros le ocurra la idea de que con el maestro haya acabado la en-

señanza; mas no debéis pensar así. Cuando yo falte os servirán de maestro las verdades y reglas que he establecido.» Después de todo esto y de algunos otras cosas dijo, dirigiéndose á todos los discípulos que le rodeaban: «Si alguno de vosotros, monjes, conserva algunos escrúpulos tocante al Budha, á las verdades y al camino enseñados por él, que hable con entera libertad, á fin de que no tengáis que reconvenirnos por no haber preguntado al bienaventurado cuando le tratábais personalmente.» Todos callaron, aun después de haberlo repetido tres veces, y de haberles suplicado que no callaran por consideración á él porque era su maestro, hasta que Ananda tomó la palabra y dijo que él creía que en toda la reunión no había un solo discípulo que conservara la menor duda ni escrúpulo tocante al Budha, á las verdades ni al camino de la perfección. El maestro contestó: «Has dicho bien, Ananda; el Tatagata sabe que dices la verdad; por esto llegaréis todos los que os encontráis aquí convertidos, á la salvación perfecta», y añadió: «Mirad, monjes, os lo repito; todo ser compuesto está sujeto á perecer. Buscad sin cesar vuestra salvación.»

Estas fueron las últimas palabras de Budha y después de haberlas dicho se entregó á profunda meditación en la cual se elevó en éxtasis gradualmente hasta la conciencia bienaventurada del infinito, llegando al fin á la nirvana perfecta, en cuyo momento, según la leyenda, se conmovió la tierra de un modo terrible, resonó en el cielo el estruendo de truenos y Brahma, el señor de la tierra, se dejó oír en estos términos: «Todos los seres del mundo dejan sus cuerpos inestables como este maestro augusto, que jamás tendrá su igual entre los hombres, tan sabio era y de inteligencia tan clara.»

Esto sucedió hacia el fin del tercer cuarto de la noche, cuando ya asomaba el alba. Ananda y Anurudha continuaron todavía largo tiempo cerca del cadáver de su maestro mientras una parte de los discípulos se lamentaba y lloraba. Otros más avisados recordaban conformados y silenciosos las últimas palabras del bienaventurado, y cuando por la mañana Ananda, cumpliendo la orden de Anurudha, avisó al pueblo de Cusinara el fallecimiento del Tatagata, resonó de nuevo toda la ciudad en lamentos y exclamaciones de desconsuelo. Hombres, mujeres y niños, llevando todos los pañuelos, incienso y coronas de flores que pudieron pro-

porcionarse, se dirigieron al bosque junto al lecho de muerte, erigiendo sobre él tiendas y un dosel, adornándolo todo con flores y guirnaldas, y entonaron cantos y músicas fúnebres con las danzas acostumbradas, continuando estas solemnidades durante seis días. Al séptimo día ocho jefes de Malla, lujosamente ataviados, levantaron el cadáver del Perfecto y lo llevaron en procesión solemne entre músicas, cantos y danzas fúnebres á su ciudad, entrando por la puerta del Norte. Durante el tránsito llovieron de las alturas celestiales, cubriendo todo el camino, flores de Mandarava, y desde la ciudad la procesión fúnebre, pasando por la puerta del Este, se dirigió á un santuario de los Malla llamado Mucutabandhama, donde trataron el cadáver del Tatagata con los mismos honores que al soberano de un imperio, según les instruyó Ananda. Le envolvieron en chales preciosos y le metieron en un ataúd y éste otra vez en otro y en otros, y luego lo colocaron encima de una pira colosal; mas no fué posible hacerla prender fuego hasta que llegó Maha-Casiapa con su séquito de discípulos. Entonces, habiendo sido advertido de lo sucedido en Pava, y habiéndose inclinado respetuosamente ante los pies destapados del maestro difunto, fué encendiéndose la pira como si saliesen las llamas de dentro del cadáver, hasta que apagaron la hoguera chorros de agua perfumada. En seguida los Mallas de Cusinara recogieron los huesos del difunto y los llevaron á su sala de reunión, rodeando estas reliquias de arcos y lanzas formando enrejado, mientras el pueblo mostraba su veneración durante otros siete días con danzas, músicas, cantos, incienso y flores. Sus restos se repartieron años después por toda la India.

Con la muerte del Budha habían perdido sus discípulos á su jefe visible, que veneraban más que la suprema divinidad; y como á la gloria de la nirvana budhista no conducen ni oraciones ni sacrificios, no había quedado más que la doctrina y las sentencias del maestro, que según él había dicho, debían servir de guía á la comunidad. En cuanto al pueblo laico, se consoló con dar culto á las reliquias del santo, y el culto fué tal, que hubo guerras para disputarse aquellos restos materiales. Pero siendo esto tan contrario á la doctrina budhista, puramente espiritual, se comprende que los discípulos, tan rígidos como solícitos, trataran de volver á

reunir todas las reliquias y ocultarlas para siempre donde nadie pudiese descubrirlas, ya fuesen adeptos, ya enemigos de la comunidad.

Habiendo preguntado Ananda al Budha antes de su muerte lo que deberían hacer con sus restos mortales, le había contestado el maestro: «No os canséis tributando honores á los restos del Tatagata; procurad alcanzar vuestra propia salvación con celo, fijeza y gravedad. No faltarán nobles, brahmanes, propietarios inteligentes y partidarios del Tatagata que honren sus restos.» En efecto; los antiguos preceptos de la comunidad no mencionan ningún culto de reliquias.

Al morir el Budha, sus adeptos, monjes y laicos, formaban ya una de las sectas numerosas más ó menos contrarias y opuestas al brahmanismo dominante, y el objeto común á que estas sectas tendían, así como las ideas religiosas de su tiempo y de la sociedad contemporánea daban á todas ellas un aire de afinidad exterior é interior en sentido más bien negativo que positivo. Entre todas estas sectas, la budhista era indudablemente la más numerosa y extendida, como también la más respetada, lo que debió al espíritu superior de su fundador y á su doctrina profunda, clara, sencilla y consecuente, así como al carácter de su propaganda, inspirada por «la compasión ilimitada para con el pueblo. Pero á pesar de la concordia de los discípulos que asistieron á la muerte del Budha, no le faltaron á éste en vida contrarios y rivales dentro y fuera de la comunidad, como sabemos ya por el ejemplo de Devadata y de los seis maestros consultados por Ayatasutra antes de convertirse á la doctrina de Budha.

Entre estos jefes y maestros de sectas habíamos aquí de uno, cuya doctrina tiene todavía hoy muchos adeptos en la India. No fué el más grande de los maestros, pero sí el más conocido y el más notable también en la historia de la religión. Este maestro era uno de los seis que citó el monje Subhadra cuando fué á consultar á Budha en su lecho de muerte. Llamábase Niganta, hijo de Nata. Era vástago de la antigua familia real de los Nata y se había hecho asceta, según lo indica su nombre de Niganta, que significa desnudo, en el sentido de libre de lazos mundanos y materiales. Los monjes de su secta le dieron los sobrenombres que los adeptos de Budha habían dado también á su maestro, á saber: Vira, que quiere decir hom-

bre; Maha-vira, que quiere decir hombre grande ó héroe, y Yina, que quiere decir vencedor. De este último nombre se llaman sus adeptos *yainas*. Era Niganta contemporáneo del Budha y como éste de sangre real. Su biografía, que se encuentra en la llamada Calpa-sutra, le hace nacer primero en otra existencia en una familia brahmánica y después en la familia real de Candagrama. A la edad de treinta años, habiendo sucedido su hermano mayor á su padre, abandonó Niganta á su esposa, casa y propiedades y se retiró á una soledad para hacer penitencia. Al cabo de doce años y trece lunas llegó á ser maestro, el vigésimo cuarto de una serie de otros maestros de la misma doctrina, enseñando como tal, y murió, llegando á la nirvana, en Pava á la edad de setenta y dos años, pocos antes de la muerte del Budha.

Su doctrina rechaza como la de Budha los Vedas, los dioses y su gloria, los sacrificios y las oraciones, y cree en la eternidad del alma y del mundo, con multitud de principios especulativos y metafísicos que abarcan y enumeran todo lo creado, tanto los seres organizados como los inorgánicos. Paralelamente á esto y encima de esto está el espíritu ascético que determina las prácticas y reglas monásticas de la secta, cuyo carácter por sus bases diferentes y de poco valor es muy inferior al budhismo, como declaró explícitamente el mismo Budha al monje Sudhadra cuando llegó á consultarle para disipar sus escrúpulos, diciéndole que prescindiera de todo ascetismo y especulación, limitándose á lo moral y á juzgar á los demás sólo desde este punto de vista. Niganta, como todos los jefes de secta en aquel tiempo, adquirió adeptos, monjes y discípulos laicos en la misma región donde el budhismo empezó á extenderse, es decir, en el país de magadha y de Cosala, que según hemos visto era un territorio favorable á las sectas religiosas en los reinados de Bimbisara y de Ayatasutra. Este último fué al principio patrono de la antigua secta yaina, que como otras sectas era rival del budhismo; pero quedando los yainas finalmente eclipsados por Budha y divididos también á su vez, se retiraron y concentraron al Norte y al Sur de la región indicada.

Otro de los seis maestros que citó Subhadra fué Gosali, que había sido discípulo de Niganta, del cual se separó en vida del mismo, formando una secta aparte. A la muerte de Ni-

ganta se aumentaron las divisiones, entre los jefes ó santos de la secta. En el reinado posterior de la familia Nanda y más aún en el reinado de Maurya, que se sobrepuso á la anterior, los gobernantes no fueron favorables á la secta yaina y entonces, en vida del sexto sucesor de Niganta, llamado Badrabahu, ocurrió el primer cisma grande y duradero de la secta, cisma que ha continuado hasta hoy y está representado por las dos sectas: la de los *digavasas* ó sea la de los desnudos, y la de los *gveta-vasas* ó sea los de traje blanco. Atribuye la leyenda al ya mencionado santón Bradrabahu la colección de las doctrinas y los dichos de Niganta, cuya obra constituye el principio de la literatura yaina, que durante siglos fué conservada y cultivada hasta que la secta se dividió en dos ramas principales, cada una de las cuales tuvo en adelante su propia literatura.

Volviendo á la comunidad budhista, bastaba que ésta quedase interiormente unida frente á tantas sectas rivales y contrarias, para conservar intacta la herencia de su maestro, y esta consideración indujo á Casiapa á proponer á sus monjes reunirse en asamblea para fijar la ley, la doctrina y las reglas del fundador de su comunidad, antes que se mezclaran con ellas doctrinas ó prácticas espúreas y se suprimieran cosas legítimas y auténticas. La causa inmediata de esta proposición fué un monje llamado también Subhadra, que seguramente no era el del mismo nombre que ya conocemos como el postrer discípulo de Budha. Aquel monje Subhadra al tener noticia de la muerte del maestro expresó su alegría por haber quedado libre del Budha, que no cesaba de recomendarles lo que debían y lo que no debían hacer.

Los monjes aceptaron la proposición y Casiapa escogió á quinientos menos uno para miembros de la asamblea. No fué elegido Ananda porque no había llegado todavía al grado de venerable; mas á instancias de los demás, fué admitido por el patriarca en atención á su imparcialidad y seguridad, y en especial á sus conocimientos recibidos directamente del difunto bienaventurado. La asamblea fué fijada para la próxima estación de las lluvias ó de retiro, y designada como punto de reunión Radyagriha, la capital de Magadha, el centro más antiguo del budhismo.

Llegaron los quinientos con Casiapa á su cabeza á Radyagriha, donde el rey Ayatasutra

había hecho arreglar entretanto, para el lugar de la reunión, una vasta caverna llamada de Niagrodha, en la montaña de Vaibhara. El primer mes de la reunión fué dedicado por la asamblea al restablecimiento de las prácticas caídas en desuso, y en la noche que precedió al primer día de reunión quedó Ananda libertado espiritualmente y pudo tomar parte al día siguiente en la discusión en calidad de venerable.

Principió la asamblea por fijar las reglas de disciplina encargando al venerable Upali, á propuesta de Casiapa, que contestara á las preguntas, á lo cual se declaró el interpelado dispuesto, con la aprobación del sínodo. El presidente empezó preguntando á Upali dónde habían sido declarados los cuatro pecados mortales. De esta manera fueron preguntadas y contestadas todas las reglas de disciplina de monjes y monjas, citando á cada regla el sitio donde fué dada, y el motivo, persona ú ocurrencia que fué causa de la declaración. Después de haber sido preguntado Upali, fué llamado Ananda á declarar de la misma manera, todos los diferentes artículos de la fe y doctrina, lo cual hizo explicando punto por punto la época, sitio y circunstancias que motivaron la declaración de aquellos artículos que juntos forman las cinco colecciones de la *sutra*.

Entonces refirió Ananda que el bienaventurado le había hablado antes de morir de preceptos de menor y mínima importancia, que la comunidad podía suprimir más tarde si así lo juzgase conveniente; pero que se había descuidado en retener en la memoria cuáles eran estos preceptos. Unos citaron entonces los que en su opinión podían suprimirse y otros propusieron otros preceptos, hasta que se levantó el presidente y propuso no abolir ninguno, ni el más insignificante, diciendo: «Apenas ha quedado disipado el humo de la pira del santo cuando ya empiezan sus discípulos á querer evadirse de las reglas que el maestro les dió. Por esto no debemós ni añadir ni quitar nada de las establecidas por el difunto.» Permaneciendo la asamblea silenciosa, quedó admitida la proposición del presidente.

Con esto la asamblea terminó sus tareas después de haber durado, según algunos, siete meses; y por haber tomado parte en ella quinientas notabilidades budhistas se llama el sínodo de Radyagriha ó el de los *Quinientos*.

A pesar de lo mucho legendario que va mez-

clado con la historia de este primer sínodo, debemos admitirlo y aceptar su objeto como hechos históricos, hechos que forman la base de la tradición más antigua, la cual recibió su forma definitiva é indudablemente positiva al cabo del primer siglo. Un siglo después de esta primera asamblea, se celebró otra de setecientos miembros en Vaisali, y también podemos admitir como históricos y verdaderos este segundo concilio y sus resultados; porque á pesar de los milagros, leyendas maravillosas, dudosas é imposibles que se citan en las relaciones bastante posteriores, redactadas en comarcas relativamente distantes entre sí, no podemos rechazar lo que contienen estas relaciones como posible y forzosamente positivo, porque este es el único suceso que nos conduce del período legendario al histórico.

Cuéntase que después del primer sínodo, y en

particular en el reinado del rey Ayatasutra, reinaban en todo el país paz y unión, lo cual podemos admitir como exacto; pero por otra parte se dice que inmediatamente después de cerrarse la primera asamblea llegó á Radyagriha desde el Sur una comunidad de monjes dirigida por Purna, que respetando debidamente lo fijado por la asamblea no lo reconoció, porque su jefe sólo quería regirse por lo que había oído personalmente á Budha. Esto nos hace suponer que desde un principio existieron comunidades pequeñas que se mantuvieron separadas de los grandes centros y que siguieron á sus jefes y maestros particulares, con lo cual se explica que en las tradiciones del Norte y del Sur se citen patriarcas ó jefes de la iglesia muy diferentes, además de los diversos jefes de las dos ramas principales en que se dividió el budhismo; como ya hemos dicho.